

Aguas aéreas

En la selva de espejos

David Huerta

Siempre recuerdo, cuando se trata de Carlos Pellicer, un pasaje minúsculo de su obra, al mismo tiempo extraño y fascinante o mejor aún: fascinante por extraño, como lo es cierto tipo de buena poesía: "...mudo espío / mientras alguien inmóvil y voraz me observa". Estas palabras fueron utilizadas, con un cambio sensible, por Juan José Arreola como epígrafe del *Confabulario*: "...mudo espío / mientras alguien voraz a mí me observa".

Evoqué irresistiblemente ese pasaje pelliceriano —con esa modificación de Arreola— mientras veía una serie de televisión sobre la historia de la CIA (*Central Intelligence Agency*: la Compañía), en la cual me enteré, para mi asombro, de las refinadas aficiones literarias de un superespía de los Estados Unidos: James Jesus Angleton (1917-1987). A ese experto en labores de inteligencia y contrainteligencia le daba por citar continuamente una imagen de T.S. Eliot para describir la actividad de los dobles o triples agentes durante la Guerra Fría. Para James Angleton, esos agentes vivían sumergidos en una "*wilderness of mirrors*": una selva de espejos; la frase de Eliot puede encontrarse en el poema "Gerontion" (1920).

En esa selva destellante, la imagen reflejada en un espejo se refleja, a su vez, en otro espejo, y así sucesivamente, hasta el mareo, hasta el vértigo. La confusión no es, ahí, efecto de una oscuridad desorientadora; sino lo contrario: resultado de un exceso de luz, de una profusa irradiación de imágenes. Muchos comentaristas y críticos modernos de la obra de Luis de Góngora hablan en esos mismos términos de la poesía del genio cordobés: a fuerza de acumular deslumbramientos, los poemas gongorinos resultan impenetrables, oscuros.

Una casa de espejos como las de las ferias no le servía a Angleton para sus propósitos descriptivos: era un símil demasiado pequeño, demasiado modesto, para ilustrar su visión de las cosas: la *Weltanschauung* de un tenaz e implacable guerrero de escritorio (no parece haber hecho trabajo de campo: era más bien un burócrata); de un soldado analítico, cuyas armas eran suposiciones, hipótesis, conjeturas.

El escenario del espionaje, cualquiera lo sabe, es la selva hirsuta y violenta del mundo entero, atestada —para los espías— de imágenes e informaciones engañosas: ese escenario o teatro de operaciones abarcaba todo lo existente del lado de acá de la Cortina de Hierro y del lado de allá de los países del abolido bloque socialista; China y todo el Lejano Oriente incluidos, por supuesto.

El vocablo "*wilderness*" plantea un problema constante para los traductores, pues el sentido preciso de la palabra cambia según los contextos; unas veces significa "desierto" (los desiertos árticos y antárticos, además); otras, "selva", entre varias posibles connotaciones.

Es un sustantivo cuya definición en un diccionario oxoniense dice esto: "región no cultivada, no habitada y nada hospitalaria". También significa "un área abandonada en un jardín o en un poblado"; pero el sentido en inglés antiguo casa mucho mejor con la intención de Angleton y, acaso, de T.S. Eliot en su poema: *wildeornes*, en *Old English*, equivale a "tierra habitada únicamente por animales salvajes".

Por otro lado, la frase titular de un libro de Alí Chumacero, *Páramo de espejos*, resulta emparentada con la "selva de espejos" de Eliot expropiada por James Angleton.

Angleton era un perfecto ejemplar del paranoico poderoso y secreto. El material principal de su oficio, como el de todos los espías, era ése, precisamente: el secreto; más todavía: los arduos, perversos, complicadísimos juegos, a menudo letales, del secreto robado a los enemigos y las mil y una maneras de utilizarlo —disfrazado de mentira o verdad, aun de media verdad o verdad inocua, según conviniera— para ganar terreno e información y para engañar al adversario tanto tiempo como fuese posible.

En la juventud, Angleton escribió poesía cuando era estudiante en la Universidad de Yale, publicó una revista literaria llamada *Furioso* y se carteó con las grandes figuras del *modernism* de lengua inglesa: Ezra Pound, e.e. cummings, T.S. Eliot, William Carlos Williams. El extenso artículo biográfico sobre él en la *Wikipedia* —fabricado, acaso, por la misma CIA— informa acerca de su admiración por las teorías críticas de William Empson recogidas y expuestas en un libro famoso, hace poco traducido al español y publicado en México por el Fondo de Cultura Económica: *Siete clases de ambigüedad*. Ambigüedad: una de las piezas claves en la conducta de un espía y en su estructura psicológica, en especial cuando se trata de un doble agente. Doble, equivocidad, capacidad inagotable para las dobles y triples mentiras: atributos del agente de los servicios de inteligencia e instrumentos fundamentales de sus faenas.

Otra de las divisas de Angleton proclamaba al engaño como la pieza maestra en la mente del Estado, esa maquinaria del poder entendido como fuerza, coacción física, dispositivo de represión.

Un secreto es fascinante. Quien lo posee, quiere y no quiere compartirlo: lo primero, pues lo hace sentir como el dueño único de un objeto precioso, de alto valor; lo segundo, paradójicamente, por esta sencilla razón: al compartir el secreto, su dueño celoso lo pierde, ya no es suyo, ya no es sólo de él y de nadie más. Quien haya poseído un secreto —¿y quién no ha atesorado uno, alguna vez?— lo sabe. Todo esto sucede también, en diferentes medidas y con intensidades variables, con el chisme, con los rumores nunca confirmados, con la difusión de leyendas urbanas.

El tráfico de secretos nacionales es una forma subrepticia, clandestina, de la guerra. Alimenta la gran política de un estado nacional y decide tácticas, estrategias, planes a corto y a largo plazo. Constituye un trabajo de sostenidos engaños, de bien maquinadas *deceptions* —como se dice en lengua inglesa—, de dobles y triples fintas.

Los secretos no son necesariamente verdades pero son administrados, por quienes los poseen, como si lo fueran. Recordemos la conducta de una comunidad durante las epidemias o los desastres: “Lo sé de buena fuente, la influenza ha sido fabricada en los laboratorios farmacéuticos transnacionales para montar un negocio gigantesco”; “el temblor de anoche ocurrió por la explosión de una bomba atómica en el sur de Texas, pero nadie lo sabe, nada más tú y yo... y, claro, quien me lo dijo, cuya identidad no te puedo revelar”.

Para el poeta ruso Joseph Brodsky, no hay casi actividad tan despreciable como el espionaje. Lo explica en un ensayo extraordinario sobre uno de los célebres “espías atómicos” —agentes dobles, por supues-



to— de los años sesenta, y en especial sobre Kim Philby, héroe de la desaparecida Unión Soviética; ese texto puede leerse en el volumen de ensayos brodskianos titulado *On Grief and Reason*. Philby trabajó para el servicio secreto británico y simultáneamente —su encomienda principal— para la KGB. A Brodsky le produjo náusea ver la consagración de Philby en un timbre postal soviético con la efigie de ese anómalo “héroe socialista” presentada como la de un auténtico liberador de la humanidad sufriente y explotada. Para el poeta, en esa imagen se cifraba la monstruosidad, la detestable moralidad y la absoluta falta de escrúpulos del sistema soviético.

Brodsky sabía perfectamente de la insaciable fuerza represiva de la burocracia soviética: la sufrió en carne propia cuando fue encarcelado bajo la acusación de ser un “parásito social”. Del infierno de la prisión y del ostracismo lo salvó un inmenso poeta inglés, W.H. Auden, el otro lado de la moneda británica, opuesto en todos los puntos imaginables a Kim Philby.

Leo esta idea o imagen en *The Untouchable*, novela de John Banville: todo espía es en parte un sacerdote y en parte un pedante. Adicto a la prédica, siente su singularidad —la índole excepcional de sus tareas en el mundo— como un cúmulo de valores complejos a los cuales debe dar constante justificación: de ahí el sermoneo; esa misma singularidad lo vuelve autoconsciente de su condición fuera de las normas: de ahí la pedantería. Esa historia del gran narrador irlandés es, apenas disimulada, la de Anthony Blunt, el célebre “cuarto hombre” del escándalo de espionaje protagonizado por

Philby, Donald Maclean y Guy Burgess en los años sesenta.

Largo tiempo se sospechó en Inglaterra de la existencia de un agente más en aquel escándalo de espías atómicos: un “cuarto hombre” no descubierto y, más todavía, protegido por su situación privilegiada dentro de las esferas más encumbradas del *establishment* británico. Es un hecho sabido: Blunt fue neutralizado mucho tiempo antes de su denuncia pública; pero faltaba la decisión política para exponerlo al escarnio en su país, como traidor a la patria, agente-espía al servicio de una potencia extranjera. Cuando la voluntad política prevaleció y Blunt fue incriminado públicamente, los ingleses se sorprendieron por la levedad del castigo impuesto: solamente le fue retirado su título de “Sir” (su *knighthood*). Fue despedido de las instituciones en donde trabajaba como respetado experto en la historia del arte. Y sobre todo: su trabajo como curador de la colección artística de la familia real inglesa concluyó para siempre.

Anthony Blunt era considerado como el mayor conocedor en el mundo de la vida y obra del pintor francés Nicolas Poussin.

Una mañana de noviembre de 1984, tomé un taxi desde mi hotel en Moscú para ir a la embajada de México. Mi estancia en la URSS, de apenas unos pocos días de duración, era de naturaleza cultural: lecturas poéticas, conferencias, encuentros con estudiosos de la literatura latinoamericana.

No había ido antes a solas a la sede diplomática, sino siempre acompañado por algún funcionario mexicano o soviético. En la entrada, un guardia ruso —lo vi enorme, ciclópeo— exigió una identificación.

Me hice un poco de lío buscando el pasaporte y por ahí asomé mi *otro* pasaporte: el cancelado, portador sin embargo de la visa para entrar en los Estados Unidos. De inmediato, lo sentí casi físicamente en algún lugar de la espina dorsal, el guardia se puso en estado de alerta, caminó despaciosamente hasta su guarida e hizo una llamada por teléfono. Supuse lo siguiente, ay, equivocadamente: “Está llamando a alguien dentro de la embajada para avisar de mi visita”. No: se comunicaba, como me enteré casi de inmediato, a un puesto de la policía.

Yo era sospechoso: tenía *dos* pasaportes. En cosa de minutos, llegaron a la embajada dos agentes vestidos de civil y me hicieron subir a un automóvil. Me condujeron por las grises calles del invierno moscovita hasta un edificio indiferente, también gris —o así aparece en mis recuerdos. Me llevaron a una habitación cerrada herméticamente para interrogarme en un inglés quebrado; contesté sus preguntas tan bien como pude. No estaba yo nervioso; pero al paso de los minutos me fui angustiando, pues ¿cómo no? La frase más temida por cualquier mexicano (“Joven, nos va a tener que acompañar”) me fue dicha a miles de kilómetros de mi país por un par de ceñudos agentes secretos de una poderosa nación extranjera.

En el lugar del interrogatorio, uno de los agentes hacía las preguntas y el otro permanecía obstinadamente callado, observándome con detenimiento.

Una hora más tarde aparecieron, por fin, mis salvadores diplomáticos, enviados con urgencia por el maestro Horacio Flores de la Peña, entonces embajador mexicano ante la URSS. El segundo agente, el silencioso, abrió por fin la boca: me impresionó vivamente escuchar su inglés fluido y su no menos perfecto español. El interrogador era de una torpeza lingüística notable junto a los talentos y la elocuencia de su compañero, el listo, el avisado, el observador. Dos horas después de mi llegada matinal a la embajada, quedé en libertad y pude ingresar en mi lugar original de destino ese día invernal: fui recibido con algunas bromas por don Horacio, quien desde entonces, y por el resto de mi visita, me llamó “el preso número nueve”. Ese mismo día, el embajador Flores de la Peña presentó al gobierno soviético

una nota formal de protesta por el maltrato, a las puertas mismas de la embajada, de un connacional —*yours truly*.

No lo supe nunca con exactitud ni nadie estuvo dispuesto a aclararlo; pero tengo esta certeza inmovible: los dos agentes a cargo de mi interrogatorio eran empleados de la KGB.

* * *

¿Y las líneas poéticas de Pellicer-Arreola con las cuales comenzamos estos renglones?

...mudo espío
mientras alguien voraz a mí me observa.

Hay una peculiaridad sintáctica en ellas: la posición de la palabra “voraz” en la cláusula. Si la prosificáramos, debería ser más sencilla: “Espío mudo mientras me observa alguien voraz”. Hay una reiteración en apariencia innecesaria —pero poéticamente necesaria para el énfasis, para la expresión— en las palabras “a mí”; pues basta decir “me observa” para dejar clara la idea. Sucede, entonces, lo siguiente: destaca el sintagma “voraz a mí”, anómalo por donde se le vea si se le considera de manera aislada; pero tremendamente eficaz. Por sí solo no tiene apenas sentido y comporta una falta de régimen; pero poéticamente deja en la mente un regusto de paranoia, otro de los rasgos fundamentales en la vida de un espía. No hay espía a salvo de esa dolencia del espíritu, de la psique, de la textura mental y de la conducta de los agentes al servicio de los aparatos de inteligencia.

La palabra “devoración” contiene la idea de voracidad. Si quien me observa se entera de mi actividad de espía, terminará por devorarme; esa sensación la experimentan todos los agentes, aun los más temerarios. Lo sabemos por la lectura de John Le Carré, por supuesto; y por las incontables películas de espionaje.

* * *

La vida y la carrera de James Jesus Angleton terminaron en medio de furibundos arrebatos de paranoia. El anticomunismo

de la CIA, razón de ser de esa oficina y faro de sus actividades, contaminó a Angleton a extremos intolerables, para él mismo y para sus empleadores; es apenas concebible el hecho siguiente: en la mayor avanzada anticomunista del planeta, la CIA, alguien superaba a todos en el celo por descubrir, aun debajo de las piedras, al Enemigo Rojo; ese alguien era James Jesus Angleton. Al final, acusaba a varios de los principales políticos occidentales y a sus propios jefes en la CIA de estar en la nómina de la KGB.

El delirio paranoide de este personaje tenía una explicación puntual en su propia carrera de espía: mientras trabajaba al lado de Angleton, Kim Philby pudo engañarlo a placer y siguió mandando informaciones militares, estratégicas y científicas a los rusos. Philby, agente inglés, colaboraba con la CIA y había merecido la entera confianza de Angleton; al ser descubierto, dejó a éste en una situación sumamente precaria: un “topo” había podido trabajar en estrecho contacto con uno de los zares de la contrainteligencia de los Estados Unidos y explotar esa cercanía personal y profesional. Angleton quedó devastado; no fue despedido por sus incontables méritos en la Agencia, pero la cólera helada de ese fracaso lo transformó en un paranoico feroz.

Los lectores de mi generación —no sé los de ahora— aprendimos mucho de espionaje, según nosotros, en la lectura de las novelas clásicas sobre el tema firmadas por John Le Carré y por Eric Ambler, y en la historia magnífica de la Orquesta Roja contada por Gilles Perrault. De Ambler es *La máscara de Dimitrios*, crónica novelada de los conflictos entre los turcos y los armenios. El escritor turco Orhan Pamuk, Premio Nobel de Literatura en 2006, denunció la atroz matanza de armenios a manos de sus paisanos, mancha en la memoria histórica y moral de su país natal, crimen genocida ocurrido a principios del siglo XX, y por ello ha sido bárbaramente hostigado.

* * *

James Angleton cultivaba orquídeas en su jardín privado. El prodigioso mimetismo de esas flores suntuosas nunca dejó de maravillarlo. **U**